

La etnolojía araucana en el Poema de Ercilla

POR

TOMAS GUEVARA

(Continuación)

CAPITULO X.

La guerra

No sólo en las particularidades del sentimiento i de la intelijencia aparecen los personajes indios del poema artificiales, desleibles i sin la precisión de raza, sino también en cuanto se relaciona con su potencialidad guerrera. Por esta faz, la estensa labor de Ercilla contiene mui pocos elementos psicolójicos i muchos, en cambio, de mera observación concreta,

de reproducción de lo visto, oído o imajinado, por lo cual queda espuesta, como el resto del contenido, a la piqueta del análisis de la etnolojía.

La epopeya araucana es una relación militar antes que todo. Por eso en el transplante de cualidades, costumbres e instituciones de un pueblo a otro que en ella se observa fácilmente, el poeta dedica sus mayores entusiasmos, favorecido por su descollante facultad para narrar proezas i prodigar el terrorismo trájico de las batallas, a los encuentros repetidos i sangrientos, al valor jenuino e incomparable de los araucanos, a la habilidad con que sus jefes los conducían al campo de la acción i los hacían maniobrar con una disposición táctica semejante a la usada por entonces en los ejércitos más fuertes i adelantados.

I sobre ser tan numerosas i abultadas las batallas, las sorpresas i los asedios, aparecen siempre uniformes o con mui poca variedad en el fondo i siempre con detalles prolijos acerca de las diversas circunstancias de guerra i en especial del ardor belicoso de los combatientes de uno i otro bando.

Se llenaría un capítulo entero en transcribir citas de esta especie. Unas cuantas bastarán para el objeto de trazar las líneas jenerales del sistema guerrero de nuestros indíjenas. Las estrofas que siguen esbozan su arte ofensivo i defensivo.

Los que están a la guerra dedicados
no son a otro servicio constreñidos,
del trabajo i labranza reservados
i de la jente baja mantenidos:
pero son por las leyes obligados
de estar a punto de armas proveídos,

i a saber diestramente gobernallas
en las lícitas guerras i batallas.

Las armas dellos más ejercitadas
son picas, alabardas i lanzones,
con otras puntas largas enhastadas
de la faición i forma de punzones:
hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sarjentas, flechas i bastones,
lazos de fuertes mimbres i bejucos,
tiros arrojadizos i trabucos (1).

Algunas de estas armas han tomado
de los cristianos nuevamente agora,
que el contínuo ejercicio i el cuidado
enseña i aprovecha cada hora;
i otras, según los tiempos, inventado;
que es la necesidad grande inventora,
i el trabajo solícito en las cosas,
maestro de invenciones prodijiosas.

Tienen fuertes i dobles coseletes,
arma común a todos los soldados,
i otros a la manera de savetes,
que son, aunque modernos, más usados;
grevas, brazales, golas, capacetes
de diversas hechuras encajados,
hechos de piel curtida i duro cuero,
que no basta a ofenderle el fino acero.

(1) Trabuco llamaron los españoles una máquina bélica que se usaba antes de la pólvora i la artillería; con ella se arrojaban piedras mui gruesas. La denominación es vaga aplicada a las armas de los indios; probablemente Ercilla se refería a las hondas o a algún palo para arrojar piedras.

Cada soldado una arma solamente
ha de aprender i en ella ejercitarse,
i es aquella a que más naturalmente
en la niñez mostrare aficionarse:
de esta sola procura diestramente
saberse aprovechar, i no empacharse
en jugar de la pica el que es flechero,
ni de la maza i flechas el piquero.

Hacen su campo, i muéstranse en formados
escuadrones distintos mui enteros,
cada hila de más de cien soldados,
entre una pica i otra los flecheros,
que de lejos ofenden desmandados
bajo la protección de los piqueros,
que van hombro con hombro como digo,
hasta medir a pica el enemigo.

Si el escuadrón primero que acomete
por fuerza viene a ser desbaratado,
tan presto a socorrerle a otro se mete,
que casi no da tiempo a ser notado:
si aquel se desbarata, otro arremete,
i estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede
hasta ver lo que al otro le sucede:

De pantanos procuran guarnecerse
por el daño i temor de los caballos,
donde suelen a veces acojerse,
si viene a suceder desbaratallos:
allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos;

que el falso sitio i gran inconveniente
impide la llegada a nuestra jente.

Del escuadrón se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,
soberbios cielo i tierra despreciando,
ganosos de estremarse por valientes:
las picas por los cuentos arrastrando,
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: Si hai valiente algún cristiano
salga luego adelante mano a mano.

Hasta treinta o cuarenta en compañía
ambiciosos de créditos i loores,
vienen con grande orgullo i bizarría
al son de presurosos atambores:
las armas matizadas a porfía
con varias i finísimas colores;
de poblados penachos adornados
saltando acá i allá por todos lados.

Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden
ser el lugar i sitio en su provecho,
o si ocupar un término pretenden,
o por algún aprieto i grande estrecho,
de dó más a su salvo se defienden,
i salen de rebato a caso hecho,
recojiéndose a tiempo al sitio fuerte,
que su forma i hechura es de esta suerte:

Señalando el lugar, hecha la traza,
de poderosos árboles labrados
cercan una cuadrada i ancha plaza

en valientes estacas afirmados,
que a los de fuera impide i embaraza
la entrada i combatir, porque, guardados
del muro los de dentro, fácilmente
de mucha se defiende poca jente.

Solían antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de trecho a trecho unos troncones
en los cuales el muro iba fijado
con cuatro levantados torreones
a caballero del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro,
para jugar sin miedo i más seguro.

En torno de esta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por de fuera:
cual es largo, cual ancho i cual estrecho
i así van, sin faltar desta manera,
para el incauto mozo que de hecho
apresura el caballo en la carrera
tras el astuto bárbaro engañoso,
que le mete en el cerco peligroso.

También suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizo, yerbas i flores,
porque puedan picar más sin recelo:
allí los indiscretos corredores,
teniendo solo por remedio el cielo,
se sumen dentro, i quedan enterrados
en las agudas puntas estacados.

Canto I.

Usando de mudanzas i ademanes
vienen con muestra airosa i contoneo,
más bizarros que bravos alemanes,
haciendo aquí i allí jentil paseo:
como los diestros i ájiles galanes
en público ejercicio del torneo,
así llegan gallardos a juntarse
i con las duras puntas a tentarse.

Canto V.

Esta exajeración provenía, en primer lugar, de que Ercilla no estaba capacitado para conocer la característica esencialmente belicosa de las poblaciones indíjenas de América, en las cuales, como entre la totalidad de las unidades primitivas i bárbaras, era innato el sentimiento de la guerra.

El espíritu español, con que aparece concebido i ejecutado el poema, fué otra de las causas del abultamiento de los hechos de orden combativo. El romanticismo caballeresco, la hidalguía castellana, la altivez del osado espadachín, el valor ciego, inconsciente, despreciativo del peligro, que se reflejaban en la mayor parte de la producción literaria del siglo de oro, tenian que desbordar necesariamente el relato de una epopeya militar: de otra manera ésta no habría interpretado el sentir de arrogancia incrustado en el alma de la multitud, ni habría tenido, en consecuencia, la aceptación i el aplauso de los lectores peninsulares.

El mismo vate, hombre de espada desde la niñez, era un alto esponente, un autor representativo en este aspecto, de la individualidad española, i por una

operación mental mui común en los observadores i poetas había de encuadrar sus ideas i los actos de los indíjenas, dentro de su manera personal de sentir, concebir i pensar. De este error psicolójico depende la falta de precisión que circula por todos los cantos de esta poética historia de la conquista de Chile, es decir, el parecido de la psiquis española con la de los aboríjenes, en la que todos los caracteres parecen vaciados en el mismo troquel. La invariabilidad de las descripciones, constantemente repetidas, es defecto, más que de psicolojía, de composición, materia que no cabe en el cuadro de nuestro examen.

Cierta solidaridad de camaradería obligó, además, a Ercilla a exajerar las dotes batalladoras de los araucanos; así enaltecía la obra de los conquistadores dando a éstos mayor lustre: vencer a indios obstinados, bravíos hasta lo nunca conocido, se consideraba más ardua i meritoria empresa que arrear porciones de aboríjenes mansos o de efímera resistencia. Esto halagaba también al orgullo nacional.

Para dar, por último, a la narración poética el sello de los modelos clásicos que habían nutrido su personalidad literaria, el poeta quiso imitar la grandiosidad del asunto, esparciendo en sus cantos un aire de hazañas portentosas para dar a los tipos fundamentales proporciones épicas, impresionantes.

La indagación acerca de la capacidad militar de nuestros araucanos, para que merezca el título de imparcial, ha de quedar en un justo medio, encerrando la acción de los indios dentro de los límites de lo verosímil. No fueron raza titánica de luchadores, como lo pregona el estro poético del vate, ni mediocres en la resistencia secular. Su valor alcanzó el grado que

era posible alcanzara una sección indíjena favorecida por circunstancias especiales para luchar.

En volúmenes que han precedido a éste hemos tratado con cierta amplitud lo relativo a la eficiencia guerrera de los araucanos (1). Para no repetirnos i para la trabazón de consideraciones e informes nuevos con los ya anotados, haremos una brevísima síntesis de hechos indispensables para el conocimiento en globo de este aspecto de la vida araucana.

Desde donde concluyen los esquimales por el sur, hasta la Florida por el lado del Atlántico i desde el río Grande de Méjico hasta la cordillera Rocosa, por lo menos, habitaron innumerables i densas poblaciones aboríjenes que se han designado con el nombre jenérico de pieles rojas, aunque fundadamente no se han considerado todas como de una misma estirpe.

La literatura etnográfica antigua i moderna de estas agrupaciones, tan a la perfección estudiadas, menciona como una de sus cualidades de relieve la inclinación de todas ellas a vivir con las armas en las manos, dominadas por el pensamiento infernal de pelear, matar, robar i destruir.

A ellas en jeneral aplicaba un autor estas peculiaridades de belicosidad: «Las mujeres recojen i cargan con las tiendas i utensilios de todo jénero, en las largas marchas a que les forzaban los apremios de la guerra o del hambre, i es para ellas todo el trabajo, así público como doméstico de la tribu. El hombre se cuida solo de sus armas, de la guerra i de la caza. El arco con flecha armada de punta de piedra, la maza de madera, el hacha de piedra o de cobre i la lanza,

(1) Tomo I, IV i VIII.

fueron sus armas, que las pocas tribus todavía restantes han trocado por los fusiles llevados por el comercio de los anglo-americanos a sus apartadas mansiones. Atacaron al enemigo insidiosamente: la sorpresa i la traición son un honor i un timbre de gloria, sin que esto estorbe, cuando llega el caso, un valor llevado hasta la ferocidad i una cierta jenerosidad con sus huéspedes en tiempo de paz. El *escalpe* es la costumbre más singular del guerrero piel-roja, que apenas mata i derriba a su enemigo le arranca diestramente con el casquete de piel donde brota, i esta larga melena de su enemigo, colgada a la puerta de su tienda constituye el trofeo más estimado i más glorioso» (1).

De la subraza canadiense, chipewayos i apaches, se ha escrito asimismo lo siguiente: «Los dos sexos usan trajes de cuero i polaina alta, i en tiempo de guerra van medio desnudos, dedicándose a ella casi de contínuo, pero principalmente a la de saqueo i robo a las vecinas tribus, para lo que utilizan sus escepcionales facultades de jinetes, elijiendo jefe al mejor caudillo, aunque a veces sea el mando hereditario» (2).

De uno de los grupos de la rama mississípica ha recojido el mismo autor la noticia que va a continuación i que, sin duda, fué común a la subraza completa de varias tribus: «De un valor verdaderamente temerario en la guerra i en la caza (del bisonte), el más fútil pretesto enciende la lucha entre sus varias tribus, que practican el *escalpe* i demás usos ya relata-

(1) *Etnografía americana*, Luis de Hoyos Sainz, 293.

(2) Hoyos Sainz, *Etnografía*, 296.

dos al tratar en jeneral de esta rama, i que permiten considerar a estas tribus como los beduinos de América» (1).

De las mismas cualidades belicosas estaban dotadas las colectividades aboríjenes del continente sur, desde las Antillas hasta la Patagonia i Tierra del Fuego. Hemos hecho antes un resumen de las noticias de los cronistas de las distintas razas, que nos releva de repeticiones al respecto (2).

Este apartamiento de datos de cronistas antiguos i autores contemporáneos, que han esclarecido con todas las luces de nuestra moderna ciencia lo que concierne a esta peculiaridad de los indios de América, deja de manifiesto que eran comunes a todos el valor temerario i el estado de constantes luchas por variadas causas. Los hombres sólo vivían para la ocupación de las armas, fuese en la paz, fuese en la guerra. Nada había, pues, a este propósito que fuera superioridad esclusiva de los araucanos.

Poseían las agregaciones americanas valor, destreza i astucia, pero de otro modo que los pueblos civilizados, como rutinas heredadas i no como aptitudes adquiridas. Hai que clasificar la osadía o sea la fuerza de acometividad i resistencia que distinguía a estas sociedades batalladoras entre el impulsivismo habitual primero e instintivo después. Esas cualidades se hallaban exentas de la disciplina, del valor reflexivo i eficaz, del patriotismo bien entendido i la ciencia que dilata i crea la habilidad táctica de los jefes, condiciones que requieren un perfeccionamiento

(1) Hoyos Sainz, *Etnografía*, 299.
(2) Tomo VIII, *La mentalidad Araucana*, 53.

intelectual i moral inmensamente superior al simple hábito que dirije las acciones de los indios. Las diferencias de disposición en el punto de las facultades guerreras son tan incontrovertibles como en las otras actividades mentales.

Poseían tanto como el valor irreflexivo que las distinguía, una ajilidad motora sobresaliente, que comunicaba enerjía a sus empresas bélicas, cualidad, por otra parte, no disciplinada ni sometida a reglas como la del civilizado. Hacíase notar, entre otros ejercicios i hábitos de movimiento, en las marchas desmesuradas, admirables, que ejecutaban a diario. Los indios americanos, entre ellos el araucano, marchaban de un modo particular: la inclinación del cuerpo, el balanceo rítmico i cierto apoyo especial en las piernas i los pies, les permitían prolongar su resistencia. Sometidos a la marcha europea, este aguante decaía bien pronto.

Con escepción de modificaciones secundarias i locales, se empleaban las mismas armas por todas partes. En el período de la conquista circulaban con más profusión la flecha, la honda, la maza, lanza, hachas, lazos, el *lacai* o *ləcai* (boleadoras) i piedras arrojadizas (1).

Idénticas o poco variadas prácticas precedían al combate en las diversas rejiones. Era de uso jeneral i obligado desnudarse o pintarse el rostro i el cuerpo, adornarse con plumas i pieles o miembros de animales para recibir sus propiedades por transferencia misteriosa, injuriar al enemigo i amenazarlo con crueles represalias, irse sobre las filas contrarias atronando

(1) *El orijen de las boleadoras i el lazo*, por MARTINIANO LEGUIZAMON, (Etnografía del Plata).

el aire con una gritería de sonidos inarticulados i especiales.

Manifestábanse, sin escepciones raciales, sumamente inclinados a los combates singulares de los jefes o de grupos seleccionados, antes o en el curso de la lid. La historia de Araucanía está llena de estos desafíos, desde los primeros conquistadores españoles hasta los últimos jenerales de la ocupación definitiva.

Citemos un caso de esta tendencia tradicional. Hablando un cronista del gobernador Alonso García Ramón, dice: «es célebre la victoria que consiguió en Purén, con sangre, i estrago de muchos infieles, i muerte de Colicheu su caudillo, que con el ardor de la batalla, con desprecio de nuestro escuadrón, entró en las hileras preguntando por el Gobernador, para pelear con él cuerpo a cuerpo, más salióle al encuentro Longo Tegua, famoso capitán de nuestros amigos, i valeroso amigo nuestro, que postró su arrogancia, quitándole la vida, i asegurando la victoria» (1)

En el arte de las maniobras no existían métodos diferenciales de una raza o subraza a otra: los combatientes de todas entraban al radio de la acción en filas escalonadas en ocasiones, de ordinario no bien formadas, i en otras en una sola masa, sobre todo cuando iban a la ofensiva i de sorpresa. Cuando tuvieron caballos, esperaban unos en línea de batalla, desmontados varios, con sus caballos de la rienda, i mezclados a trechos iguales con los jinetes; así resistían el primer choque para ser auxiliados sin dilación por la retaguardia o los flancos por pelotones de refresco.

---

(1) *El epítome chileno*, de SANTIAGO DE TESILLO. Longo Tegua es Lonco Trewa, cabeza de perro.

La primera acometida de cada trozo de jente revestía entre los araucanos el carácter de un ímpetu feroz i animal. Si el éxito coronaba tal esfuerzo, sobrevenía el entrevero aplastador para el menor número de los invasores, i el indio se enloquecía entonces en la matanza de los vencidos i en la recojida del botín. Si fallaba en esta empresa, se aterraba, se revolvía en el espacio del encuentro buscando una salida i huía, por último, en todas direcciones. Se producía entonces el desorden i la indisciplina sin freno ninguno.

«I lo principal que procuran es cortar al enemigo i revolverse con él para jugar sus porras, macanas i toquis, con que quiebran al enemigo lanzas, brazos i cabezas, en grande ímpetu i valentía» (1).

Rara vez practicaban un simulacro de maniobras envolventes; sus movimientos eran ejercicios de marchas o despliegues de pura fantasía para acobardar al enemigo.

De este conjunto de elementos étnicos del continente indio, únicamente los mejicanos i los peruanos habían adquirido una rudimentaria táctica i armas de cobre con algunas variantes de las de silex.

Las costumbres bélicas de los primeros habitantes de América guardan concordancia completa con los usos del mismo orden de los araucanos, según los informes de nuestros antiguos historiadores, i los del tiempo de la conquista se parecen tanto a los modernos, que se puede llegar a la conclusión de que no

(1) Rosales, *Historia*, pájina 120.

han variado esencialmente en cerca de tres siglos (1).

Otra diferencia de las fuerzas guerreras de estas naciones: les faltaba la organización del comando. Los caudillos directores de las empresas recibían sus cargos por designación ocasional i carecían, por lo tanto, de autoridad efectiva ante las unidades armadas de los distintos agregados familiares. La independencia completa de estas fracciones territoriales en el orden político, traía como consecuencia inevitable delante del enemigo impedir la trasmisión de la voluntad del jefe con la prontitud i el rigor que exijen los momentos críticos de una batalla o combate. El mismo jefe nominal no tenía conciencia de su papel directivo i esperaba el resultado favorable de circunstancias no determinadas i de la fuerza de su brazo i el valor de sus compañeros.

Un sistema que entrega así el resultado de las armas al capricho del azar es embrionario, propio de la barbarie i queda espuesto a contínuos descalábros; pero a los desastres militares no se les daba gran importancia, por lo mismo que la responsabilidad era intanjible.

Esas unidades étnicas no pudieron crear su táctica por la carencia de cohesión en el comando i porque no estaban en aptitud de reducir a preceptos las lecciones de la esperiencia; sin leyes siquiera consuetudinarias, sin órden en la organización, no pasaban de ser columnas con armas que se precipitaban como torrente impetuoso.

Sin embargo, cual más, cual menos, todas resistie-

(1) Datos recojidos de caciques viejos i de militares antiguos sobre el modo de combatir de los indios.

ron con tesón inquebrantable al invasor, según las noticias que están escritas en tantas viejas crónicas. Si se entregaron al fin a los conquistadores o si sucumbieron en la contienda, fué porque no tuvieron a su favor las circunstancias que prolongaron la resistencia araucana.

La constitución política de los araucanos, hemos dicho más atrás, dificultaba la conquista de su territorio. La organización propia, jeneral, de la multitud indíjena de esa sección de nuestro país consistía en una serie de estirpes independientes, sin gobierno central, sin cohesión de ningún jénero. Tal estructura social se llamó *ayllu* en otras colectividades americanas. En un todo de tal manera constituído, de partes sin articulaciones, cada agrupación se bastaba a sí misma de ordinario, para defender su zona, sin ayuda ajena i sin prestarla tampoco a otras comunidades.

La patria, que era la personalidad localizada en un pedazo de tierra, no comprendía los límites del territorio. Reducida al lugar, quitaba a los núcleos de parientes hasta la unidad de raza. El concepto de humanidad quedaba fuera de la comprensión del indio. En suma, el sentimiento de la patria minúscula alcanzaba en él a un grado de fuerza i actividad mui superior al del hombre civilizado; al revés, el de patria grande no tenía valor ni efecto alguno; en términos precisos, no existía. En el idioma no hai una palabra que esprese el concepto neto de nacionalidad; *mapu* (tierra) ha sido una voz de significado restrinjido a la localidad o la reducción i a lo sumo a la re-

jión, pero no a la representación abstracta de orijen común de todos los habitantes, con ideales, costumbres i obligaciones también unas.

La comunidad de peligro solía congregarlos en confederaciones que sobrepasaban el radio comarcano; pero rara vez tomaron proporciones que fueran más allá de las ligas rejionales. Activaban estas coaliciones el estímulo del botín, que les suministraba lo que no había en el territorio, i la propaganda de que los invasores serían vencidos sin dificultad por su escaso número e indisciplina i arrojados de sus dominios autónomos, propaganda fácil de estenderse a virtud de la sujestión tan viva en las comunidades bárbaras.

De este jénero fueron las uniones de las tribus que en la historia de nuestros aboríjenes se han llamado «levantamientos jenerales».

Los conquistadores que arribaron a Chile tuvieron, pues, que batir en detalle estas aglomeraciones de familias que denominaron araucanos. Hacíase fácil la contienda por lo común; mas, tuvo que prolongarse indefinidamente porque los españoles carecieron siempre de fuerzas i recursos para emprender el sometimiento simultáneo de todas las estirpes o de cada una de las rejiones en que se hallaban esparcidas. El fraccionamiento o la división de la resistencia debía ser a la larga, fatal para el invasor, obligado a dividirse cuando por la sola concentración de sus fuerzas podía obtener ventajas i dominar en menos tiempo.

Cuando las fuerzas españolas se encontraban en cuerpos respetables por su armamento i por su efectivo que pasara de las simples columnas reclutas, recorrían el territorio en todas direcciones i los grupos

indíjenas huían sin presentar resistencia medianamente seria. La historia de la conquista i de la colonia abunda en episodios de esta índole. Para no acumular citas bastará recordar la campaña del gobernador Laso de la Vega. Con un cuerpo de mil ochocientos hombres entre españoles e indios emprendió la invasión por las faldas orientales de Nahuelvuta, en noviembre de 1631, i llegó hasta donde estuvo la ciudad de Imperial. Sus tropas alcanzaron hasta más allá del río Cautín sin divisar ni una lanza araucana. Pero, como estas acometidas no pasaban de ser meras entradas a las tierras i no ocupaciones a firme, en cuanto Laso de la Vega dió la vuelta al norte, renovaron los indios sus habituales correrías i levantamientos.

Cualquiera que hubiese sido el número de miles de indios que habitaban la seccion territorial del sur del Biobío, cuatro, cinco u ocho, lo incontrovertible es que la conquista en forma parcial i sin quedar bien consolidada, tenía que ser una obra de larga realización i frájil para resistir impulsos violentos. La población indíjena se apretaba, por otra parte, en un espacio reducido en comparación de las otras naciones americanas i fácilmente podía auxiliarse de un punto a otro o llevar con rapidez la noticia de invasión.

Por esta razón de contacto entre los habitantes de las zonas emparentadas, los indíjenas se presentaban al campo de operaciones en columnas de combate que superaban en mucho a los tercios castellanos, si bien no en las cifras abultadas que dan las crónicas i los documentos llamados inéditos. Solamente cuando el ejército de la república emprendió la ocupación definitiva, en 1881, los choques se verificaron

con efectivos poco más o menos equilibrados i siempre las porciones araucanas, aun en peleas de caballería, esperimentaron totales derrotas en pocos minutos.

Esta desproporción numérica subsistió de modo permanente desde la conquista hasta mui adelante del siglo XIX. *La Araucana* contiene pasajes frecuentes en que se hace referencia a la superioridad de las tropas naturales.

Era la diferencia incomparable
del número infiel al bautizado:
es él un escuadrón innumerable,
el otro hasta sesenta numerado:
ya la incierta fortuna variable,
que dudosa hasta entonces había estado,
aprobó la maldad y dió por justa
la causa y opinión hasta allí injusta.

(Canto III, combate de Tucapel).

La configuración topográfica favorecía también a las comunidades emparentadas para cerrar el paso a los españoles. El terreno fangoso de entonces, en el que los caballos se sumían hasta la barriga, constituía una barrera natural. La montaña ha sido, según la historia militar de todos los pueblos, defensa i órgano de reparación. Un territorio montañoso, cuya población se reparte en valles de poca dilatación, limitados por cerros que dejan estrechas gargantas, por bosques impenetrables, es un campo cerrado para la pelea: facilita la defensa en atención a lo escarpado de las rocas i lo inaccesible de los caminos, o bien demora la llegada del enemigo, estorba su li-

bertad de maniobrar i da lugar al vencido para la fuga i para llevar la alarma a las zonas vecinas.

Circunstancias políticas i relijiosas ayudaban a nuestros indíjenas en su tesón inquebrantable de no someterse. La corona economizaba los hombres i los gastos en la guerra de Arauco; seguía una política contemporizadora i dilatoria. España se hallaba en plena decadencia por el exceso de jente que le consumían las guerras esteriores i la conquista de América, por un agotamiento económico que causaba la anemia nacional i por una errada dirección del sentimiento relijioso i el crecido número de personas de los dos sexos entregadas a la vida monástica (1).

Por eso en la corte encontraba una benévola acojida la voz de los obispos, del clero i las congregaciones que pedían la guerra defensiva i el sometimiento por medio de la relijión. En esos períodos frecuentes de paz, los indios se ensoberbecían, recobraban sus tierras, llenaban sus bajas con nueva población i permanecían en una rebeldía latente, lista para otras aventuras, i con la convicción en el alma de que eran inconquistables. Así iban quedando incompletos los éxitos de los españoles, bien caramente comprados, i mermadas las enerjías de los capitanes en servicio permanente del ejército.

La presencia periódica de los corsarios holandeses e ingleses en las vastísimas costas chilenas durante la colonia, fué otro obstáculo que desvió la atención de las autoridades españolas del problema araucano.

A no haber sido por la defectuosa i anticuada organización militar de los cuadros españoles que operaban en Arauco, la rebelión de los indios habría

(1) *Psicolojía del pueblo español*, por ALTAMIRA.

durado menos, mucho menos, de lo que duró, o tanto como en las demas colectividades aboríjenes del continente meridional, donde no obraron tan directamente las causas recién enumeradas.

Después de la acertada constitución del comando, es del armamento adoptado por los combatientes de lo que depende sobre todo el progreso del arte de la guerra. Considerada desde este último punto de vista, la táctica de los peninsulares se estacionó a partir de la conquista de Valdivia hasta fines de la colonia.

Los primeros conquistadores traían en sus procedimientos de combate i en sus armas las huellas recientes del feudalismo, arraigadas en la imajinación del pueblo por el recuerdo de la guerra heroica con los moros. Hombres i caballos estaban defendidos por gruesas armaduras de hierro; los primeros se valían para el ataque de lanzas, espadas i mazas de peso i dimensiones desconocidas ahora. La artillería i las bocas de fuego de menor calibre escaseaban hasta el estremo de contarse por unidades en las diversas guarniciones.

La estrofa que sigue da la medida del armamento de artillería con que se defendían los fuertes del territorio conquistado por Valdivia. Ercilla se refiere en ella al de Arauco, la puerta estratéjica de la frontera occidental. Cabe suponer que en algunas baterías de menor importancia la dotación de piezas de grueso calibre fuese inferior aún i que en otras faltaran por completo.

«Valdivia, perezoso i neglijente.
incrédulo, remiso i descuidado.
hizo en la Concepción copia de jente,

más que en ella en su dicha confiado;
el cual, si fuera un poco dilijente
hallaba en pie el castillo arruinado,
con soldados, con armas, municiones.
sus piezas de campaña i dos cañones».
Canto II.

Cañones de campaña i de batir se llamaron las piezas usadas por los españoles; las primeras, pequeñas i manuales, se adaptaban mejor a la defensa de reductos i las segundas se destinaban de preferencia a batir las plazas. Hasta mui entrado el siglo XVIII, la ciencia de las fortificaciones permanecía en absoluto atraso en Chile.

Con estos elementos se concibe que la proeza o la lucha cuerpo a cuerpo fuera el único método en uso, o mejor dicho que en los actos militares de esa época superase por completo la acción individual a la combinada, la fuerza del brazo a los cálculos del jefe, que mide los obstáculos naturales i aprovecha los recursos de la defensiva.

Con semejante manera de ofender, las cargas de los escuadrones españoles se reducían a una serie de duelos aislados, en los cuales la destreza del caballero para esgrimir sus armas i la resistencia del caballo eran lo principal i la táctica, lo innecesario.

Los indios desnudos del primer período de la conquista, mal defendidos con instrumentos de pequeños efectos, cedieron pronto al peso de las armas, de sus enemigos i al empuje de animales temibles al principio. Pero cuando se familiarizaron con la presencia de este compañero del hombre i por una lei de adaptación tan jeneral en las sociedades menos

dotadas que otras, se apoderaron del noble cuadrúpedo i aprendieron a criarlo i a domesticarlo, sus costumbres guerreras cambiaron radicalmente i experimentaron un vuelco notable de avance. Desde ese tiempo su poder ofensivo quedó menos distanciado que el de sus dominadores: ambos se hallaban en aptitud de poner en ejecución el procedimiento de proeza, que dependía de la fuerza individual i del aguante del caballo, que desdeñaba combatir a pie i elejía por armas la espada i particularmente la lanza.

En tal equilibrio de los medios de combatividad, a los españoles no les quedaba otra medida que adoptar que el mejoramiento de su disposición militar por la mayor dotación de cañones e infantería. No comprendieron el valor de esta precaución o no pudieron tomarla i la caballería siguió siendo la personificación viva del réjimen feudal i el arma casi única de esta prolongada guerra, durante la cual se mantuvo con mucho ardor i con una tenacidad rutinaria la acción individual sobre la combinada. Todo el arte de los encuentros consistía todavía en llevar hombre contra hombre i en dar a la esgrima una importancia que anulaba las iniciativas más trascendentales de la intelijencia.

La infantería fué escasa mientras duró el conflcto sangriento de araucanos i españoles, siendo que era el arma que mejor se avenía a la condición montañosa del territorio i la que más temían los indios. Con ella se utilizaban los obstáculos naturales, que apenas había sospechado el arte antiguo en su importancia táctica. Mientras que los escuadrones de caballería se veían forzados a aceptar el combate en condiciones desfavorables o a moverse como perdidos en me-

dio de poblaciones hostiles, la infantería se habría podido situar ventajosamente elijiendo el terreno difícil para los caballos i adecuado para recibir el choque, porque en estos encuentros sangrientos la defensiva, con raras escepciones, fué el precio de la victoria.

La caballería como medio de movilización rápida se prestaba admirablemente al jénero de incursiones que los españoles llamaron «campeadas», i que efectuaban en el verano por las tierras de los indíjenas, para acometerlos en detalle i destruirles sus sembrados i habitaciones; pero la artillería i los infantes, estacionándose en fuertes i reductos, habrían afianzado la posesión de los lugares i garantido la sumisión de los vencidos para ir formando un haz sólido de conquista.

Es preciso haber conocido mui en la intimidad a los araucanos para saber, por tradiciones i relatos de viejos sobrevivientes de alguna de estas jornadas, la presión que ejercieron en el ánimo de las fracciones guerreras los cuerpos de infantería i los cañones de los fuertes. Parapetábanse tras de sus caballos i de los árboles de las descargas por filas, i el fuego graneado los ponía a raya en sus avances; cuando estaban seguros de no ser tocados por las balas, acometían con su estrépito acostumbrado.

En 1910 visitó en su casa el que esto escribe al cacique principal de Maquegua, reducción río por medio con Temuco, don Domingo Painevilu, viejo de muchas consideraciones entre los de su raza. Preguntado por qué había desistido de entrar en una confabulación de caciques para atacar el fuerte de Temuco, a fines de 1881, contestó: «Me largaron del

fuerte algunos cañonazos; los cañones son mui diablos».

Tanto como esta escasez de las armas de fuego i del efectivo, influía en la resistencia interminable de los indíjenas la pésima calidad de las tropas que servían en las filas del rei. Componíanse unas de mestizos del Perú i de vecinos que se alistaban en las miserables villas del país, equipados por cuenta propia i comprometidos por cierto tiempo; otras formaban los contratados a plazo fijo, dos años por lo menos. Los continjentes peninsulares fueron tan reducidos durante la colonia, que no alcanzaron a constituír una masa dominante ni siquiera de influencia bastante marcada en el conjunto (1).

En estas milicias no jerminaban, por cierto, los principios de orden, regularidad i disciplina: bisoñas, incidentalmente en el servicio, desertaban con frecuencia, i porque anhelaban regresar pronto a sus hogares, peleaban con flojedad con un enemigo que, presintiendo la debilidad de sus atacantes, cobraba mayor intrepidez.

La empresa de la conquista, aunque más árdua aquí que en otras partes por las causas espuestas, no habría demorado tanto con la intervención de unida-desarmadas que hubiesen estado sometidas a un réjimen militar durable i ordenado. La tropa llamada permanente, obligada a un servicio de más larga duración, susceptible de renovarse, consta, en efecto, de hombres ocupados esclusivamente de la profesión de las armas, tanto en la guerra como en la

(1) BARROS ARANA, *Historia jeneral.—Historia de la Araucanía*. del autor, volumen II.

paz, i que llevan por eso al teatro de las operaciones un caudal efectivo de enerjías, de valor moral i consciente, único verdadero; de subordinación i de la resistencia que crea el ejercicio cotidiano.

Los indios, al revés de la decadencia española en los medios i modos militares, habían perfeccionado en pocos años su poder agresivo: imitaron algunas piezas de resguardo corporal, como el coselete de cuero; perfeccionaron su arma favorita o la lanza, adaptándole punta de hierro en vez de la tostada al fuego i de la de pedernal; construyeron trincheras i palizadas que se asemejaban a las de sus contrarios; multiplicaron el ganado caballar para aplicarlo a la guerra antes que a fines de transporte i de alimentación. Habian adquirido igualmente sus jefes por esta época, a la conclusión del siglo XVI, algunas nociones de táctica, como conducción de sus columnas con mejores precauciones de vijilancia i reforzadas según las necesidades de la acción.

El estado de hostilidad perpetua de españoles i de indios acentuó en éstos, por el hábito de los mismos actos, la inclinación de las colectividades bárbaras a la guerra; se militarizaron, según la espresión corriente en la actualidad. Las aventuras bélicas, las irrupciones a los lugares ocupados por sus opresores para arrebatar animales i saquear, pasaron a ser una ocupación habitual en algunas estaciones del año, a semejanza de las faenas agrarias. Esta idiosincrasia guerrera se transportó a los juegos públicos, en los que la caballería desplegaba su destreza; eran torneos que no sólo excitaban el valor de los jinetes sino simulacros de los combates por haber.

Sin embargo, en organización quedaban mui atrás,

inmensamente atrás, de los terribles tercios españoles regulares, que recorrían el mundo como vencedores, hombres disciplinados i sujetos a leyes tácticas i al comando de jefes esperimentados. Los araucanos permanecieron constantemente detenidos en su modalidad militar: sin principios conservados por tradición siquiera, sin orden en la organización, sin freno en el campo de batalla, fueron siempre el mismo pueblo ávido de combates i botín, dado a la matanza después de la acción, igualmente presto a huir si la partida parecía peligrosa i a pelear con porfía si la suerte le abría el camino del pillaje.

Se ha mantenido en libros i en la tradición chilena, impuesta sin duda por *La Araucana* i los cronistas que la siguieron, el prejuicio de que nuestros aboríjenes alcanzaron una capacidad militar superior a todas las demás agrupaciones americanas i no distante de la de naciones adelantadas en la ciencia militar. Opiniones son estas sin base científica, idealidades de cerebros soñadores. ¿Cómo pueden igualarse las cualidades motoras de una colectividad indíjena con las producciones de la intelijencia más sana i elevada del civilizado, que desde el siglo XVIII viene dando a la guerra el cacáter de una ciencia complicada? El ejército de las naciones de alta cultura ha sido aún antes del siglo que corre un mecanismo de rodajes variados, de tropas regulares, guarniciones, arsenales, servicios de transporte, estados mayores, ponteneros, etc. (1). La diferencia de cultura de las naciones ha contribuído a que aporten a sus institu-

(1) SERIGNAN, *L'armée espagnole.*—*Reflexiones militares,* del vizconde ALVARO DE NAVIA.

ciones militares i a la guerra aptitudes diversas. Por eso la táctica indíjena no tenía complicaciones que obligaran a los jefes directores a preparar planes abstrusos i de aplicación futura, para lo cual no estaban mentalmente habilitados.

Se ha celebrado por varios autores la habilidad de los araucanos para realizar la guerra menor, que fué la que usaron las agrupaciones incultas, de ardides, sorpresas i emboscadas. Se ha creído que únicamente ellos simularon trampas cubiertas de ramas para hacer caer los caballos, que se valieron de troncos de árboles a manera de escudo i sabían atraer a sus enemigos a sitios ocultos donde había construcciones de madera con apariencias de reducto. Quien se dé el trabajo de revisar las crónicas antiguas sobre la conquista de las razas superiores de los dos continentes americanos, hallará bien pronto la evidencia de que estas mismas astucias araucanas se aplicaban invariablemente en todas aquéllas.

Mucho aprendieron en lo material los indios de los españoles, porque el instinto de imitación, tan desarrollado en las sociedades retrasadas, se aplicaba también entre ellos a las cosas de la guerra; la repetición de hechos similares casi les creaba una aptitud, pero carecían de la fuerza que actúa en la guerra, de la invención.

Además, muchas de estas costumbres se remontaban a épocas que precedieron a la conquista. Desde tiempos inmemoriales había en las aglomeraciones numerosas un sitio reservado, oculto, estratéjicamente elejido, que tenía un corral o un rincón adonde se atraía con maña la caza o al cuerpo enemigo que daba un malón. Nadie revelaba a los estraños la exis-

tencia de este paraje, que se designaba con un término especial, *llolle*, nasa (1).

Los escudos de troncos de árboles no fué invención de los indios para librarse de las balas españolas. Debieron usarlos desde antes de la llegada de los conquistadores. Con anterioridad a esta época se escondían tras de árboles o de troncos que levantaban para barajarse de las flechas i de las piedras. Diónos esta noticia el cacique Painevilu una vez que nos enseñaba el manejo de las boleadoras; él mismo se colocó de costado tras un árbol i nos dijo: «Tira con tu revólver».

Nada o casi nada de estas peculiaridades militares de las dos razas contendientes aporta el poema, del cual, por lo tanto, la didáctica militar no puede estraer enseñanzas de gran valor. En el aspecto cronolójico i en la exactitud topográfica, su importancia queda en pie. Las batallas o repetidos choques individuales del tipo feudal, no contienen las variaciones ni las novedades estratéjicas i tácticas de acontecimientos similares de narraciones de fondo militar. Para mantener la intensidad del proceso emocional, don Alonso les daba el colorido de choques homéricos.

Tampoco aporta la epopeya nada acerca de ese elemento de lo misterioso que llena todos los actos del indíjena americano. Las prácticas de la caza i de la guerra, dos instituciones del mismo carácter para la mentalidad de estos pueblos, eran múltiples i complejas. Se verificaban antes del hecho, en el momento de realizarse i después.

(1) Tradiciones anotadas por el autor.

Para antes de la campaña había que ejecutar algunas prácticas májicas preparatorias, como danzas, ayunos, purificaciones, abstinencias, interpretación de sueños, interdicción a los no combatientes, encantos contra el enemigo, empleo de amuletos, yerbas i residuos para conseguir la invulnerabilidad, súplicas a los espíritus, conversación con los caballos, etc.

En la junta convocatoria que precedía a la movilización, se efectuaba una larga ceremonia de sentido simbólico i misterioso, tanto o más importante que los acuerdos concernientes a la guerra. El cacique promotor de la convocación, en el sitio elejido para este objeto, clavaba en el suelo su lanza i su *toqui* (hacha de piedra o insignia antigua) manchados de sangre en la estremidad. Varias flechas, también ensangrentadas, pendían de la primera. Se ha hecho mención en estas pájinas del papel considerable que la sangre desempeñaba en las prácticas de misterio de nuestros aboríjenes, como entre la mayoría de las colectividades incultas. Aturdíase en seguida de un golpe en la cabeza una oveja de la tierra» (*weke*, llama aclimatada i reproducida en Chile) i se le estraía el corazón. Pasando de mano en mano, los principales teñían con la sangre el *toqui* i la flecha que cada uno llevaba consigo. Como para la mentalidad de los bárbaros la imajen participa del orijinal o ésta de aquélla, el *weke* representaba a los españoles, cuyos corazones correrían la misma suerte del que servía en la operación pantomímica. Así lo esplicaba el cacique invitante en un discurso prolongado i al estilo de los de nuestros indijenas, con los imprescindibles lugares comunes de saludos a los presentes, recuerdos de sus antepasados i sus hazañas i deber

de imitarlos, para llegar al fin a la discusión del objeto que había motivado la reunión. Retemplábanse o agriábanse los ánimos en este debate (1).

Aunque fuesen con fines económicos o sociales, seguíase en estas convocaciones el mismo ceremonial oratorio con sus consiguientes disputas, reminiscencias enojosas, abundante consumo de comestibles i licor i riñas a mano armada.

El 1898 asistimos en las proximidades del pueblo de Angol, a una reunión mui sonada de los indios de las reducciones inmediatas. Nos acompañaba nuestro profesor e informante de muchos años, Lorenzo Coliman. Se trataba de un juego de chueca primero i en seguida de la reunión oficial. Cuando las cabezas parecían un poco trastornadas por el exceso de la bebida, un indíjena joven insultó i provocó a Colimán, de más edad. Aunque de natural pacífico, el provocado replicó violentamente. Agrupáronse algunos indios, en favor o en contra de los dos contrincantes. Llamamos al cacique dueño de la reunión, como ellos se nombran, i le dijimos: «Si atacan a Coliman, saco revólver i mando buscar policía». El provocador tuvo que salir del recinto de los invitados. Preguntamos a nuestro colaborador por la causa del enojo de ese mapuche i nos contestó: «Porque hace pocos días no le presté plata para tomar».

Son estas reuniones bulliciosas las que Ercilla ha imitado con tanto arte de los poemas que le sirvieron de modelo.

Antes de entrar en campaña, asistía a los guerreros

(1) Estos discursos no han variado desde Caupolicán hasta hoi en su corte esterno, como lo oyó el autor en muchas ocasiones i lugares.

la obligación de privarse de algunos alimentos incluídos entre las cosas vedadas (tabú). Se sometían igualmente a la abstinencia sexual, rigurosa en plazo fijo. Preparaban sus armas con dibujos i con el contacto de partes de un esqueleto o de animales, como el zorro, el león, etc., i de aves, como el cóndor, el aguilucho i otros tenidos como protectores i benéficos por sus fuerzas o por su lijereza. Conversaban con el caballo familiarmente, encargándole conducirse bien i sobándolo con plumas, pedazos de pieles i cálculos encontrados en el hígado del huánaco. Ellos mismos se ataviaban con estos fragmentos para recibir por trasmisión de esencia cualidades estraordinarias. Algunos guardaban piedras talismanes o se hacían incrustaciones de polvos i residuos variados para hacerse invulnerables; había un gremio de estos valentones que atribuía a esta causa misteriosa su calidad de inheribles (1). Con todas estas prácticas aseguraban su poder misterioso.

En estas prácticas de encantos intervenía ordinariamente el ajente májico, en particular en la interpretación de los sueños. Seguia interviniendo mientras duraba la jornada, por medio de la esplicación que daba de la forma o circunstancias imprevistas de los objetos o de sus manipulaciones usuales para tales casos. Informaba de este modo a las familias acerca de la buena o mala fortuna de los individuos en campaña.

«Mientras andan los soldados en guerra están los hechiceros consultando al demonio sobre el suceso de los suyos, incensando con tabaco a las tierras del ene-

(1) Numerosos datos recojidos por el autor.

migo i haciendo sus invocaciones. I en una batea de agua les muestra el demonio lo que pasa, dónde están i lo que les ha sucedido, bueno o malo. I ántes que llegue la nueva del bueno o mal suceso, lo anuncian a todos».

A pesar de la parquedad de Ercilla acerca de las peculiaridades de la guerra en su relación con lo prodijioso, no dejó de anotar la asidua intervención de los ajentes májicos para predecir los resultados finales.

«I cuando quieren dar una batalla
con él lo comunican en su rito,
si no responde bien, dejan de dalla,
aunque más les incite al apetito».

Canto I.

El humo intervenía por lo común en las operaciones májicas de la guerra. Se destinaba evidentemente como vehículo para colocar a los enemigos en una relación misteriosa con los indios i producir en aquellos la impotencia para defenderse i atacar.

Mientras marchaban las tropas, se evitaba pronunciar ciertas palabras para que los espíritus enemigos no llevaran la noticia a los españoles. El vuelo o el grito de las aves en tal o cual dirección, la carrera de algunos animales, como el zorro, por uno u otro lado del camino, indicaban la continuación de la empresa o el desistimiento. El historiador Molina decía a este respecto, que a pesar de su valor, el indio «temblaba a la vista de un buho o de una lechuza».

Durante la ausencia del guerrero, los que se quedaban en el lugar, sobre todo las mujeres, debían respetar ciertas interdicciones de alimentos, de pro-

nunciar determinadas palabras, efectuar algunos actos desfavorablemente interpretados en estas ocasiones.

Para obrar májicamente sobre el enemigo, ejecutaba el indio en el campo de batalla pantomimas esencialmente májicas i no contorsiones infantiles, como han creído los cronistas i los esploradores. Idéntico alcance hai que asignar a los retos i maldiciones que proferían a grandes voces.

Después de la pelea, si había sido favorable, quedaba por hacer otra operación májica, paralizar la venganza de los muertos o de sus espíritus i garantir la superioridad conquistada durante la lucha por la posesión de trofeos o fragmentos corporales, como armas, cabezas, cráneos, mandíbulas, etc.

Los cascos del cráneo se elaboraban para vasos que se usaban en las reuniones de trascendencia; ejercían una acción mística sobre su poseedor.

Todas las ceremonias de la guerra, como el sacrificio de los prisioneros i las paces, aparecían sobrecargadas de estos elementos de prodijio, de virtudes ocultas. Hasta la presencia del prisionero a quien se le perdonaba la vida, tenía que estar sometida a esta influencia májica; entre otras precauciones, se le ponía nombre indíjena i se le daba mujer para que entrara así en la esencia del grupo.

Para el indio de todas las razas pesaban como factores de éxito la valentía, la astucia, el número de combatientes i la superioridad de las armas; pero tales ventajas quedaban sin efecto cuando no se ponía en ejecución ese cuerpo de operaciones májicas tan conformes con los hábitos mentales de estas sociedades.

Por deficiencia de observación en el poeta i quizás por la falta de métodos científicos en su tiempo, el poema adolece de vacíos en la información militar de los araucanos, en cuanto al carácter de portento que en esta actividad, como en todas las demás, dirijían sus actos. Habría sido de interés sobresaliente la anotación de tales datos en una época en que las costumbres al respecto se encontraban en más franca vijencia que en las que siguieron. De índole incompleta i secundaria cómo aparecen esas informaciones no alcanzan a formar fuente de etnolojía sobre el particular de la guerra.
